

COMPETENCIAS LINGÜÍSTICO-COMUNICATIVAS**TRABAJO PRÁCTICO N°1****FECHA DE PRESENTACIÓN 06/05/2020****EL TEXTO ARGUMENTATIVO-ACADÉMICO****Objetivos:**

- Desarrollar la competencia lingüística para reconocer y elaborar textos.
- Desarrollar la competencia discursiva para leer y comprender textos argumentativos-académicos
- Desarrollar habilidades para la comprensión e interpretación de textos.
- Identificar procesos que garantizan las condiciones de textualidad para lograr una comunicación eficaz.

Contenidos:

- El Texto argumentativo-académico: secuencia, recursos

Modalidad:

- Lectura y resolución individual, trabajo domiciliario.

Criterios de evaluación:

- Competencias para la comprensión y / o interpretación de textos.
- Uso de estrategias lectoras.
- Claridad conceptual, recuperación comprensiva y aplicación de los contenidos teóricos en la resolución de las consignas de trabajo.
- Respeto por las convenciones de la escritura: coherencia, cohesión, puntuación y ortografía.
- Adecuación del escrito al contexto de comunicación.

ACTIVIDADES

- Leer atentamente el siguiente texto:

¿QUÉ SIGNIFICA PREGUNTAR?

-Santiago Kovadloff (2011) *La nueva ignorancia*. Emecé: Buenos Aires-

No se nos educa para que aprendamos a preguntar. Se nos educa para que aprendamos a responder. El mal llamado sentido común suele confundir el saber con lo que ya no encierra problemas y la verdad con lo invulnerable a la duda. Es que, usualmente, la pregunta solo vale como mediación que debe conducir, cuanto antes, al buen puerto de una respuesta cabal. Allí, entre sus sólidas escolleras, se le exige naufragar al desasosiego sembrado por la pregunta.

Como se ve, preguntas y respuestas tienen, entre nosotros, no apenas un valor convencionalmente complementario sino también íntimamente antagónico. Y en tren de sincerarnos, habrá que reconocer que nos cautivan mucho más las respuestas que las preguntas. Ello es fácil de explicar: mientras las primeras siembran inquietud, las segundas si no reconfortan, al menos clarifican y ordenan. Pero por lo mismo que están llamadas a apaciguar la incertidumbre, las respuestas suelen ser más requeridas que encontradas y su aparente profusión, en consecuencia, resulta más ilusoria que real. Y en un mundo que cree disponer de más respuestas de las que efectivamente tiene, preguntar se vuelve imperioso para poner al desnudo el hondo grado de simulación y jactancia con el que se vive. Tan imperioso, diría yo, como peligroso. Exhibir sin atenuantes nuestra indigencia en términos de saber no suele ser una iniciativa que coseche demasiadas simpatías. Occidente, no menos contradictorio en esto que en otras cosas, quiso perpetuar la memoria del hombre que encarnó como nadie la pasión de preguntar y el don de sostenerse con entereza en el riesgo de lo que preguntar implica. Pero Sócrates fue condenado a muerte por la misma cultura que lo enaltecía. Su recuerdo, por lo tanto, resulta tan estimulante como preventivo.

No hay sistema autoritario que no asiente el despliegue de su intolerancia en la primacía de las respuestas sobre las preguntas, en la presunción, respaldada a punta de bayoneta, de que el saber (que por lo general representa como El saber) tiene al sujeto por depositario pasivo y no por intérprete activo. Asimismo, es tan interesante como descorazonador verificar que, en su mayoría, los políticos tienden a excluir las preguntas del arsenal retórico en que nutren su elocuencia. Están persuadidos de que les irá mejor si se las ingenian para responder antes que para preguntar. Ello supone que las preguntas, explícitas o no, corren por cuenta del electorado insatisfecho, con lo cual quedan definitivamente asociadas a lo que debe superarse y no a lo que debiera ser recuperado.

Decididamente, preguntar no es prestigioso. Puede, sí, resultar circunstancialmente tolerable, sobre todo en boca de los niños. En especial entre los tres y los diez años, los chicos suelen hacerse cargo de cuestiones cuya densidad poética y filosófica rebasa con holgura eso que un tanto precipitadamente, llamamos nuestra madurez. Así es como, en su mayoría, quienes divulgan en reuniones sociales las "ocurrencias" de sus hijos, tienden a etiquetar como ingenioso a lo bello o como expresión de inocencia a lo que traduce el más radical de los cuestionamientos.

Los niños preguntan en serio. ¿Qué significa eso? Significa que, al igual que contadísimos adultos, se atreven a quedar a la intemperie, a soportar los enigmas impuestos por una realidad que, rompiendo su cascarón de mansedumbre aparente, se planta ante ellos revulsiva, irreductible, misteriosa y desafiante. Los niños no preguntan porque no sepan. Preguntan porque el saber aparente, ese velo anestesiante que años después habrá de envolverlos, aún no ha logrado insensibilizarlos. Es que los niños están constituidos por un tejido espiritual que mientras rige no es permeable a la función soporífera que se le adjudica al conocimiento bajo el nombre de educación. Los niños

están aún más acá del saber. Lo demuestran al hacerse cargo, personalmente, de la responsabilidad de preguntar. Y aquí arribamos adonde más nos importa.

¿Quién pregunta de verdad? ¿Acaso aquel que ignora lo que otros supuestamente saben? ¿Pregunta quizás quien no cuenta con las respuestas de las que otros, más afortunados, sí dispondrían? No lo creo. Preguntar no es carecer de información existente. Nada pregunta quien supone construida la respuesta que él busca. Si la pregunta va en pos de una respuesta preexistente será hija de la ignorancia y no de la sabiduría. Las auténticas preguntas, tan inusuales como decisivas, son aquellas que se desvelan por dar vida algo que todavía no la tiene, aquellas que aspiran a aferrar lo que por el momento es inasible, aquellas que se inquietan por constituir el conocimiento en lugar de adquirirlo hecho.

Sí, preguntar es atreverse a saber lo que todavía no se sabe. Lo que todavía nadie sabe. Preguntar es animarse a cargar con la soledad creadora de aquel viajero que inmortalizó Machado: "Caminante no hay camino, se hace camino al andar". Es que las preguntas serán siempre empecinadamente personales o no serán auténticamente preguntas. Preguntar no es andar por ahí formulando interrogantes sino sumergirse de cuerpo entero en una experiencia vertiginosa.

Las preguntas, si lo son, abarcan la identidad de quien las plantea, incluso cuando no resulten en sentido estricto, preguntas autobiográficas. Precisamente, debido a ese férreo carácter personal e intransferible de la pregunta es decir, en virtud de su sello de instancia indelegable en la respuesta requerida no puede estar constituida con antelación a ese preguntar. Sócrates no dispone de las respuestas que busca en su interlocutor. No puede disponer de ellas si de verdad pregunta. Ellas solo han de ser creación de quien se anime a forjarlas. Cada cual debe responder a su manera, así como no puede sino preguntar a su manera.

En el auténtico preguntar zozobra la certeza, el mundo pierde pie, su orden se tambalea y la intensidad de lo polémico y conflictivo vuelve a cobrar preponderancia sobre la armonía de toda síntesis alcanzada y el manso equilibrio de lo ya configurado. Cuenta Joan Corominas en su cautivante diccionario que la expresión latina *percontari*, de la cual proviene nuestro preguntar, se vio alterada, en su proceso de cambio hacia la lengua castellana por el verbo de uso vulgar *praecunctare*, derivado de *cunctari*, que significa dudar o vacilar. La referencia etimológica gana todo su peso si se advierte que *percontari* enfatiza, en el acto de preguntar, la decisión de conocer o buscar algo que se sabe oculto o disimulado.

En cambio, *praecunctare* subraya la incertidumbre, el tantear a ciegas que se adueña de aquel que pregunta. Y, efectivamente, en el acto de preguntar la realidad reconquista aquel semblante ambiguo, penumbroso, que la respuesta clausura y niega. Después de todo, respuesta proviene de *responsio* y responso es la oración dedicada a los difuntos, es decir, con criterio más amplio, a lo que ha dejado de vivir.

ACTIVIDADES:

1. Lean atentamente el texto.
2. Caractericen al enunciador del texto: ¿cuál es su intencionalidad y propósito?, ¿qué saberes pone de manifiesto en el texto y a qué área del conocimiento pertenecen

dichos saberes?

3. ¿Cómo sería el posible destinatario a quien se dirige este enunciador?
4. Relean el texto con el objetivo de señalar: un párrafo que presente una idea novedosa, otro, una idea conocida y por último uno que te parezca polémico.
5. Expliquen con sus propias palabras las expresiones subrayadas.
6. Enuncien en una oración el tema central del texto.
7. Expliquen con sus palabras la postura del enunciador acerca de ese tema.
8. Reconozcan en el texto los recursos discursivos empleados y ejemplifiquen por los menos cinco de ellos especificando en cada caso a qué recurso se hace referencia. Por ejemplo: Analogía:-----,etc.